

dios caciques, sus familias y vasallos. Oficiaron el elérigo Juan Díaz y fray Bartolomé de Olmedo, los castellanos hicieron la procesión de las palmas y la adoración de la cruz, y con los ramos en las manos se embarcaron en sus bateles y en canoas prevenidas por los indios; y recogíendose en la flota, levaron anclas el siguiente día, lunes 18 de Abril.

Entre los obsequios que el cacique Tabzcoob hizo á Cortés, no fué el menos importante el de veinte esclavas para que arreglaran la comida de su ejército, pues entre ellas estaba la célebre Marina ó Malinche. Llamábase Malinalli Tenepal, y con el final reverencial Malintzin, de donde los castellanos le pusieron Marina al bautizarla, y el vulgo ha hecho Malinche. Era huérfana del cacique de Oluta, y había sido vendida en Potonchan por unos mercaderes de Xicalanco: así es que hablaba el maya y el nahuatl: de esta manera Cortés se comunicaba con ella por medio de Jerónimo de Aguilar en maya, y ella con mexicanos, tlaxcaltecas y aculhuas en nahuatl. Cortés la dió de pronto á Portocarrero.

La flota ancló en Ulúa el Jueves Santo, 21 de Abril, después de medio día. Alaminos la dió fondeadero, y la capitana izó el estandarte real.

### III

Era señor de México Moteczuma, y sus tributarios los pueblos de la costa á que llegaba Cortés. Los mexicas tenían por tradición que Quetzalcoatl, hombre blanco y barbado que en remotos tiempos había desaparecido por el Oriente, debía volver á recobrar su imperio. Moteczuma creyó por esto que en las naves de Grijalva había venido el mismo Quetzalcoatl; y así cuando desaparecieron, encargó á los caciques de la costa que vigilasen su vuelta. Como llegaron á México noticias de que los castellanos habían vuelto á aparecer, acaso por su desembarco en Tabasco, nombró Moteczuma por embajadores á Yallizchan, Tepuztecatl, Tizahua, Huehuetecatl y Hueycanezcatecatl, para que les llevaran un rico presente de piezas de oro, piedras preciosas, joyas, plumajes vistosos y las insignias de sus dioses Quetzalcoatl, Tezcatlipoca y Tlaloc. El fanatismo de los indios que por dioses tomaron á los castellanos, fué el primer elemento de la conquista.

Cuando Cortés ancló en Ulúa, salieron de Chalchiuhcuecan los enviados en dos canoas, y se dirigieron á la capitana. Desde las canoas dieron su embajada haciéndose entender por señas; y comunicado á Cortés que lo tenían por dios, comprendió cuánta ventaja podía sacar de este engaño, vistióse con sus mejores atavíos, y se sentó en un trono que le aderezaron en el alcázar de popa. Recibió allí la embajada y los presentes, y alojó á los mensajeros en el castillo de proa. Al día siguiente hizo disparar la artillería, con lo cual se fueron amedrentados los embajadores, y tomaron de prisa el camino de México para dar cuenta á su señor.

Al otro día del arribo, Viernes Santo 22 de Abril, desembarcaron los castellanos en la costa arenosa de Chalchiuhcuecan, y formaron su real asentando la artillería en lugar conveniente para defenderlo.

Pasóse el sábado en rescatar objetos de oro por cuentas de vidrio y otras fruslerías. El domingo 24 de Abril llegaron al real Cuitlalpitoc y Teuhtlilli, señor de Cuextlaxtlan; y con ellos muchos principales y gran número de indios cargados. Recibiéolos cariñosamente Cortés; díjose misa por Olmedo ayudado de Díaz; y después comieron todos en la tienda del primero. Allí Cortés les dijo que era vasallo del rey más poderoso de la tierra, quien quería entablar buenas relaciones con su señor, y que por lo tanto deseaba ver y hablar á éste.

Dióle Teuhtlilli el rico presente que llevaba, el cual le pagó Cortés con diamantes de vidrio, una silla pintada, una gorra con una medalla de San Jorge y otras miserias; y le encargó mandase á sus pueblos que fuesen á trocar oro por las cuentas que traía. Y para hacer más impresión en los señores indios, dispuso que los caballeros escaramucearan con sus caballos é hiciese fuego la artillería, lo cual acabó de convencerlos de que los castellanos eran dioses, y con ellos venía Quetzalcoatl. Algunos diestros pintores indígenas copiaron ese cuadro, para ellos extraordinario, y representaron todo, aun á los negros, á quienes también tomaron por dioses *teocacatzactli*.

Dejó Teuhtlilli gran cantidad de indios para que hiciesen alimentos y sirvieran á los extranjeros, y partió para México á dar cuenta de todo á Moteczuma. Éste creía que venían los dioses, y ya había dado orden á Tlillancalqui de que les preparasen aposentos y todo lo necesario en los caminos. Pero al recibir las nuevas noticias, reunió al consejo llamado Tlatocan, y citó á él á Cacama y Totoquihuatzin, reyes de Texcoco y Tlacopan. Acobardados todos ante lo que suponían voluntad de los dioses, acordaron recibir de paz á los castellanos. Solamente Cuitlahuac, hermano de Moteczuma, le dijo con entereza: mi parecer es, gran señor, que no metas en tu casa á quien de ella te eche.

A principios de Mayo volvió Teuhtlilli al campamento español con grandes presentes de oro en grano y labrado y otros objetos preciosos, y dijo á Cortés de parte de Moteczuma, que mucho se holgaba de su llegada y del deseo que tenía de verle; pero que ni él podía bajar á la costa, ni les era cómodo á los castellanos subir á verlo. Cortés, con mayor astucia, respondió que era tal la importancia de la misión del rey de España, que vencería todos los obstáculos: y con esto despidió á Teuhtlilli, á quien dió para Moteczuma una copa de cristal de Florencia, labrada y dorada con muchas arboledas y monterías, y á más tres camisas de Holanda y otras cosas.

Mientras esto sucedía, Cortés estudiaba el estado del país. Los pueblos de la costa eran tributarios de Moteczuma, y deseaban sacudir su yugo. Esto era otro elemento importante, y podía fácilmente atraérselos por aliados. Confirmáronlo en sus ideas los emisarios de Ixtlilxochitl, hermano del rey de Texcoco, que por amigo se le ofrecía; y después Tlamapanatzin y Atonaletzin, señores de Axapocheo y Tepeyahualco, que se le entregaron por aliados á cambio de promesas de tierras, y dieron razón minuciosa á Cortés del estado del país y de la leyenda profética de Quetzalcoatl.

Cortés pensó entonces que era indispensable abandonar el miserable empleo de mercader de rescates, y convertirse en poderoso conquistador. Encontraba derecho para hacer la conquista en la bula de Alejandro VI, que desde el 4 de Mayo de 1493 había dado á los reyes de España el dominio de las tierras en que México estaba comprendida.

Pero hasta entonces su autoridad le venía del poder de Velázquez; fundar una ciudad con su ayuntamiento era establecer el dominio real, y con esto desaparecía el del gobernador de Cuba; y de ese ayuntamiento podía recibir una nueva investidura, que necesariamente lo libraba de la dependencia de su compadre: ya no quedarían de tal manera, y por virtud de la ley, más que dos autoridades en el país, la virtual del rey de España y la efectiva del conquistador. Decidióse Cortés, y dándose por fundada la ciudad en el mismo campamento, para lo cual se levantaron algunas enramadas por casas, una picota en la plaza y una horca fuera de la Puebla, se eligió alcaldes ordinarios á Portocarrero y Montejo, y regidores á Alonso de Avila, á los dos Alvarados y á Sandoval, alguacil mayor á Juan de Escalante, capitán de entradas á Pedro de Alvarado, maestre de campo á Olid, alférez real á Corral, procurador á Alvarez Chico, tesorero á Gonzalo Mejía, contador á Avila, alguaciles del real á Ochoa y Romero y escribano á Diego Godoy. Pusieron á la Puebla por nombre la Villa Rica de la Veracruz, en memoria de haber desembarcado el Viernes Santo.

Entonces el ayuntamiento mandó á Cortés que presentase los poderes que tenía de Velázquez, y hecho, declaró el cabildo que habían cesado: por lo cual se procedió á nombrar en representación del rey un capitán del ejército y justicia mayor, y quedó designado Cortés para el puesto. Aceptó Cortés; y así aseguró su mando y la conquista que ya veía posible.

#### IV

Después de esto, mandó Cortés emprender la marcha rumbo á Quiahuiztla, lugar á unas ocho leguas al Norte y en tierra de totonacas, escogido de antemano por Montejo para el establecimiento definitivo de la ciudad. Salió Cortés por tierra con cuatrocientos hombres con dos falconetes, y en el camino se encontró con una embajada del cacique de Cempuallan, quien lo invitaba á pasar á su pueblo. Aceptó, siguiendo su marcha en orden de guerra, por precaución. Así llegó al templo ó *teocalli*, donde salió á recibirlo el cacique gordo del lugar, y donde como dioses fueron alojados los castellanos. Los totonacas habían procurado constantemente sacudir el yugo de los mexicas: así es que Cortés halló un aliado importante en aquel cacique, señor de una ciudad bien construída, con más de 25,000 habitantes, y más de treinta pueblos de su jurisdicción.

Al día siguiente partió el ejército español, y el otro á las diez de la mañana llegó á Quiahuiztla. De pronto huyeron los habitantes espantados, mas hubieron de volver; y al otro día, cuando Cortés, el señor del lugar y el de Cempuallan hablaban de la tiranía de Moteczuma, presentóse al capitán castellano ocasión favorable para afianzar la importante alianza de los totonacas.

Aquí es oportuno explicar cómo estaban relacionados los pueblos que había de la costa á México, para comprender las facilidades que presentaron á Cortés para la conquista.

Los pueblos del valle de México constituían el Anahuac, que quiere decir junto al agua, porque estaban alrededor de los lagos ó en islas. Ejercían la supremacía en el Anahuac, los tres siguientes señoríos: el de México, situado en una isla inmediata á la parte occidental del lago, y que se unía á la tierra firme por dos calzadas en esa dirección, otra al Norte y otra al Sur, y que tenía como territorio propio las tierras del Poniente; el de Tlacopan, de menor importancia, inmediato al de México; y en la orilla oriental del lago el de Texcoco, con las tierras que había en esa parte. Estos tres señoríos estaban aliados, y juntos hacían la guerra. Habían llevado sus conquistas hasta la costa en que desembarcó Cortés, y eran sus tributarios todos los pueblos que había desde esa costa hasta Tlaxcalla, señorío independiente que quedaba del otro lado de las montañas que cerraban el de Texcoco. En esa época Moteczuma, señor de México, había adquirido de hecho la supremacía del Anahuac. Los pueblos tributarios, de raza y aun de lengua diferente de los mexicanos, deseaban sacudir el yugo que éstos les habían impuesto. Los tributos se cobraban por ciertos recaudadores llamados calpixquis, y ésta fué la ocasión favorable que á Cortés se presentó.

Estaba en la plaza con los caciques, cuando llegaron unos indios á avisar que se acercaban los recaudadores de Moteczuma. Espantados se precipitaron á recibirlos los dos caciques. Enteróse Cortés del caso, y mandó á los totonacas que prendiesen á los recaudadores. El miedo anterior tornóse en osadía; apresaron á los calpixquis, y aun quisieron darles muerte. Cortés los salvó y los hizo escapar por mar, fingiéndose con ellos amigo de Moteczuma.

Todo el Totonacapan, al saber que los extranjeros libraban á los pueblos del tributo y de la tiranía de México, alzóse por aliado de los castellanos, y ofrecieron sus caciques á Cortés levantar un poderoso ejército para que de auxiliar le sirviera. Pero Cortés se dedicó ante todo al establecimiento de la nueva ciudad. Estando en esto, ancló una nave mandada por Francisco Salcedo; y si bien llegaron en ella sesenta soldados y diez caballos, trajo en cambio la noticia de que Velázquez había sido nombrado adelantado.

Esto ponía en peligro la autoridad de Cortés, y para asegurarla, decidió que se enviase al rey de España todo el tesoro ya adquirido, y que se acompañase el regalo con una carta relación suscrita por el regimiento y vecinos de la villa. Así se hizo, y fueron nombrados procuradores al efecto Portocarrero y Montejo. La carta del regimiento de la Villa Rica de la Veracruz tiene fecha de 10 de Julio de 1519.

Pero antes de darse á la vela los procuradores, se formó un complot para apoderarse de un bergantín, é ir á dar parte á Velázquez de la nao y del tesoro que llevaba. Denunciólo Coria, y Cortés como justicia mayor juzgó á los culpables. Pedro Escudero y Diego Coreñano fueron ahorcados; á Gonzalo de Umbria le cortaron los piés; dieron doscientos azotes á cada uno de los hermanos Pañete, y el clérigo Juan Díaz fué severamente amonestado.

El complot, que estuvo á punto de tener buen éxito, convenció á Cortés de que era preciso marchar sobre México, y quitar á sus soldados toda esperanza de volver á Cuba. Ya sus parciales le habían aconsejado que destruyese las naves; y como creyera oportuno el momento, para aparentar legalidad, hizo que los maestros le dieran informe de

que las naos estaban en muy mal estado; y en su virtud mandó al alguacil mayor Juan de Escalante, recogiese cables, anclas, velas y cuanto contenían las embarcaciones, y con excepción de los bateles destinados á la pesca, diese con ellas á través. Todas fueron varadas, y no quemadas como vulgarmente se cuenta, menos la capitana en que partieron los procuradores; la cual llevó por pilotos á Antón de Alaminos y á Camacho, y zarpó el 16 de Julio.

Cortés dejó á Escalante por capitán de la puebla, y con él ciento cincuenta hombres de los menos útiles, y salió con el resto de sus tropas para Cempuallan, á la que se puso Nueva Sevilla. Allí el cacique gordo le dió un cuerpo auxiliar de totonacas, doscientos tlamames ó indios cargadores para llevar el fardaje y tirar de la artillería, y en rehenes y para servir de guías cincuenta de sus principales guerreros.

El ejército de Cortés había tenido como bajas diez y siete muertos, y además los que habían partido en la capitana; pero en cambio había recibido como alzas á Salcedo con su gente y diez caballos, cosa importantísima, y pocos días antes de partir hubo de apoderarse de cuatro hombres de un buque de Garay que iba á Pánuco, y de dos marineros que desembarcaron.

Cortés salió por fin de Cempuallan para México<sup>1</sup> el 16 de Agosto, con cuatrocientos peones, diez y seis caballos, seis piezas de artillería, y mil trescientos totonacas al mando de Teuch, Mamexi y Tamalli.

## V

Cortés no decidió marchar directamente á México, porque su base de operaciones en el Totonacapan quedaba muy lejos. En el camino y del otro lado de las montañas del valle del Anahuac, quedaba el señorío de Tlaxcalla: así es que á él se dirigió para buscar su alianza. Alentábale además saber que los tlaxcaltecas eran enemigos de los mexicas, y que por lo mismo, con habilidad, podía hacer de ellos utilísimos aliados. Dirigióse pues á esa región, é hizo el viaje por los terrenos situados entre el Citlaltepetl y el Poyauhtecatl, ó sean el Pico de Orizaba y el Cofre de Perote. Ese camino montañoso era el indicado por dos razones: la primera, porque siendo la época de lluvias era el más practicable; y la segunda, porque seguía por tierras de sus aliados los totonacas, ó inmediatas á ellas.

El itinerario de esta marcha fué de Cempuallan á Xalapan, de ahí á Xicochimilco, en seguida á Ixhuacan, y después, bajando de la sierra á la llanura, á Xocotla, lugar fuerte y poblado, inmediato á las fronteras de Tlaxcalla.

El señorío de Tlaxcalla, al cual llama Ixtlilxochitl con propiedad la señoría, estaba dividido en cuatro señoríos menores, llamados Ocotelolco, Tizatlan, Tepecticpac y Quiahuiztlan. Cada uno tenía su representación y estandarte especial, particularidad que no era común á los otros pueblos: el de Tizatlan se representaba con una garza; el de Oco-

<sup>1</sup> La distancia entre ambas poblaciones es de unas cien leguas.

telolco por una ave volando; el de Tepecticpac por una ave parada, con riquísimo plumaje, y el de Quiahuiztlan con un soberbio tocado de guerrero.

Cada una de estas cuatro partes tenía un jefe, supremo en su señorío; y los cuatro reunidos siempre en Tlaxcalla, gobernaban en los asuntos comunes. Generalmente los autores los llaman el senado de Tlaxcalla; pero me parece más propio decirles la señoría.

En aquella sazón eran los cuatro señores: Maxixcatzin, de Ocotelolco y jefe del ejército; Xicotencatl, de Tizatlan, anciano y casi ciego; Tlehuexolotzin, de Tepecticpac; y Citlalpopocatzin, de Quiahuiztlan.

En todo el tránsito, hasta llegar á terrenos de Tlaxcalla, Cortés había cuidado de hacer saber á los pueblos, por medio de Aguilar y de Marina, que estaban libres del tributo que pagaban á Moteczuma; y á la vez se les elogiaba la grandeza del rey de España y las excelencias del cristianismo.

Es conveniente explicar el origen del antagonismo entre la señoría de Tlaxcalla y los señoríos del Anahuac, y especialmente el de México que entonces era el preponderante.

Los pueblos del Anahuac, y principalmente los mexicas, habían llegado á un grado de fanatismo inconcebible; y su religión los obligaba á sacrificar gran número de hombres á sus ídolos, en las continuas fiestas que celebraban. Como las víctimas debían de ser precisamente prisioneros de guerra, quisieron independientemente de los que hacían en sus conquistas, tener siempre y á la mano una cantidad segura de cautivos. Para esto, Nezahualcoyotl y Moteczuma Ilhuicamina, desde mediados del siglo XV, celebraron un pacto con los señoríos de Tlaxcalla y Huexotzinco, para salir á campaña periódicamente, y tener así prisioneros de guerra. Aunque en esas campañas no había vencedores ni vencidos, ni tenían por objeto la conquista, por lo cual no modificaban las fronteras, acostumbráronse los tlaxcaltecas á ver como contrarios y enemigos á los mexicas; y por razón natural nació y fué creciendo entre ellos odio de raza y nacionalidad.

Comprendió Cortés esta situación, y buscó la alianza de los tlaxcaltecas. Si la conseguía, no solamente tendría numerosos aliados nuevos y valerosos, acostumbrados á guerrear con los mexicas, sino que aproximaba á ellos su base de operaciones.

Y este es el punto en que comienza el lienzo de Tlaxcalla.

